

# ANDRÉS BELLO Y LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

## ELEMENTOS PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LOS DESENCUENTROS ENTRE CUERPOS TRABAJADORES Y ESPÍRITUS GOBERNANTES

*Claudio Gutiérrez Gallardo*<sup>1</sup>

Más de algún lector o lectora se estará preguntando qué sentido tiene abordar la Revolución Industrial en la obra del icónico humanista que fue Andrés Bello, y más aún, en un seminario sobre filosofía y educación. La pregunta puede ser más general: ¿tiene la industria alguna relación profunda con las humanidades, la filosofía o la educación? A modo de aclaración inicial, permítanme citar un texto de mediados del siglo XIX, cuyo destino fue ser doblemente desechado: primero fue tachado en el manuscrito original, y luego el manuscrito completo fue descartado:

---

<sup>1</sup> Claudio Gutiérrez Gallardo. Es licenciado en Matemáticas de la Universidad de Chile, máster en Lógica Matemática de la Pontificia Universidad Católica de Chile y *Ph. D.* Computer Science de Wesleyan University. Es profesor titular del Departamento de Computación de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la U. de Chile. Ha publicado *Anonymity and asynchronicity as key design dimensions for the reciprocity of online democratic deliberation* (International Journal of Applied Philosophy, 2020) y *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843. Revolución y contrarrevolución en las ideas y políticas* (RIL Editores, 2011), entre otros trabajos. *E-mail*: cguetierr@dcc.uchile.cl.

La historia de la industria, la existencia que se halla *objetivada* en ésta, es el libro abierto de las *facultades humanas*, es en forma tangible la *psicología* humana, que hasta ahora nunca ha sido comprendida en su conexión con la *esencia* humana sino sólo extrínseca y utilitaristamente. Y es que en el estado de enajenación no se era capaz de comprender la realidad de las facultades humanas y los *actos humanos a nivel de especie* más que en la forma de la existencia general del hombre, de la religión o de una historia abstractamente universal, comprendida como política, arte, literatura, etc. Lo que en la *industria corriente, material* (que se puede considerar como una parte de ese proceso general o bien como una parte *especial* de la industria, ya que hasta ahora toda actividad humana ha sido trabajo, o sea industria, actividad enajenada de sí) se encuentra bajo la forma de enajenación como objetos *tangibles, ajenos útiles*, son las *facultades objetivadas* del hombre. La *Psicología* no podrá convertirse en la ciencia *real*, llena de verdadero contenido, mientras este libro, o sea la parte de la historia más presente y accesible a los sentidos, siga sellado para ella<sup>2</sup>.

Probablemente el joven filósofo que escribió esto eliminó ese párrafo por ser demasiado futurista, por ayudar poco en aquella época a la gran tarea que se había impuesto de transformar las bases de la sociedad capitalista. Pues en esos días, lo que quemaba los ojos y los cuerpos era algo más terrenal, el problema económico-político, esto es, las relaciones entre los trabajadores, la bullente industria y la organización y gobierno de la sociedad.

## LOS HECHOS: BELLO, CHILE Y LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

En la década de 1830, a poco de su llegada a Chile, cuando Bello comienza a participar más activamente en temas de gobierno,

---

<sup>2</sup> El texto es de Carlos Marx y está en los borradores conocidos como *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. El párrafo citado corresponde al tercer manuscrito de «Propiedad privada y comunismo», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras de Marx y Engels 5* (Barcelona: Grijalbo, 1978), 384, n° 10.

y parafraseando una imagen del ministro Portales, su compadre, se podría sostener que la producción industrial (*fabril* le llamaban los contemporáneos) sigue el peso de la noche. La clase dirigente consideraba la producción en general como naturaleza, una actividad donde el hombre pareciera poder incidir solo de manera tangencial. Las ideas subyacentes a la Revolución Industrial, esas que indicaban que el hombre y la técnica eran lo que impulsaban la producción y transformaban el mundo, aún no eran asimiladas por la élite dirigente local, constituida fundamentalmente por hacendados agrícolas. En efecto, la ideología de la aristocracia local aún no separaba la esfera política de lo «civil» y recién hacia 1840 comenzaba a vislumbrar la economía como esfera independiente de lo político<sup>3</sup>.

Las concepciones de Andrés Bello sobre estos temas, como veremos, encuadran perfectamente en ese marco. Sin embargo, no es fácil determinar cuánto se acomodó Bello a esta visión y cuánto contribuyó a consolidarla desde su influyente posición en la política nacional, ya sea en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el periódico *El Araucano*, como rector de la universidad y en su círculo social y cultural. Es decir, cuánto de ello corresponde a sus conocidos «compromisos» con el poder y cuánto son sus profundas convicciones.

Sea como fuere esa relación, una cosa que sorprende al estudiar la obra de Bello, un intelectual de tan amplios intereses y un observador tan agudo, es que haya sido tan displicente con el fenómeno socioeconómico más extraordinario, relevante y visible de la primera mitad del siglo XIX, a saber, la revolución que estaba produciendo la industria. En efecto, en su obra no aparece ninguna apreciación significativa ni menos una discusión medianamente sistemática sobre la Revolución Industrial –ya sea de su impacto, sus consecuencias o de sus proyecciones–. En veintiséis tomos de sus *Obras Completas*

---

<sup>3</sup> Véanse las memorias sobre la hacienda pública de 1834 y 1835 del ministro Manuel Rengifo, una de las mentalidades contemporáneas más avanzadas en lo económico. Un análisis de ellas en: Gutiérrez, C. (2011). *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843. Revolución y contrarrevolución en las ideas y políticas*. RIL Editores, pp. 196-199.

(Edición Caracas, 1952/1981)<sup>4</sup> aparecen aquí y allá ocurrencias escasas y aisladas de la palabra *industria*. Es importante indicar que estas referencias a *industria* (particularmente en sus escritos sobre derecho) refieren a producción, no a *industria fabril* que es lo que hoy día consideramos industria. Un ejemplo típico:

Si la mujer casada ejerce públicamente una profesión o *industria* cualquiera (como la de directora de colegio, maestra de escuela, actriz, obstetriz, posadera, nodriza), se presume la autorización general del marido para todos los actos y contratos concernientes a su profesión o industria, mientras no intervenga reclamación o protesta de su marido, notificada de antemano al público, o especialmente al que contratare con la mujer<sup>5</sup>.

Aunque Bello tuvo oportunidad de familiarizarse en Londres con las más modernas tendencias sociales y económicas, y vivió en medio de la ebullición provocada por la Revolución Industrial, todo indica que sus particulares intereses intelectuales le impidieron apreciar en su justa dimensión el fenómeno que estaba transformando al mundo. En el prospecto del *Repertorio Americano*, publicación alentada por la consolidación de la independencia americana, escribe en 1826:

Pero Londres no es solamente la metrópoli del comercio; en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano, en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes<sup>6</sup>.

Del comercio salta al espíritu humano, del libre vuelo del ingenio a la especulación científica. No hay mención a fábricas, humo,

---

<sup>4</sup> Bello, A. (1981). *Obras Completas*, 26 tomos. Fundación La Casa de Bello. Uso la edición digital Andrés Bello, *Obras Completas*, Bibliotecas Virtuales FHL, Fundación Mapfre Tavera, 2002, DVD. En adelante: Bello, OC.

<sup>5</sup> Bello. Código Civil. En OC, tomo 14, p. 130.

<sup>6</sup> Bello. Londres, Octubre de 1826. En OC, tomo 18, p. 199.

máquinas, industria, que era lo que el grueso de los observadores percibía en la Inglaterra de la época.

Para entender esto, es muy sugerente revisar una de sus principales creaciones poéticas, *Silvas Americanas*, publicada por primera vez también en 1826. En esa obra, que abre el *Repertorio Americano*, Bello presenta una imagen idealizada de la vida social, asociándola con la vida campesina basada en una agricultura pastoril. Según Antonio Cussen, «es su meditación más profunda sobre el viaje desde la servidumbre colonial a la libertad»<sup>7</sup>. Para nuestro tema es particularmente relevante esta visión de Bello sobre lo social y lo productivo. Comienza con las virtudes de una agricultura de donde los esclavos «sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida»:

No ya de humanas artes obligado  
el premio rinde opimo;  
no es a la podadera, no al arado  
deudor de su racimo;  
escasa industria bástale, cual puede  
hurtar a sus fatigas mano esclava;  
crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
adulta prole en torno le sucede<sup>8</sup>.

Continúa la idealización de la vida campesina advirtiendo los peligros «del necio y vano fasto, el mentido brillo, el ocio pestilente ciudadano», de la vida de la «miseria ciudad», donde prolifera el ruinoso juego, la disipación, el galanteo, los festines, los homicidios.

¿Buscáis durables goces, felicidad?, pregunta Bello, y responde:

Id a gozar la suerte campesina;  
la regalada paz, ni envidias acibaran;

<sup>7</sup> Cussen, A. (1998). *Bello y Bolívar*. Fondo de Cultura Económica. Véase particularmente IX. La Agricultura, pp. 134-150.

<sup>8</sup> Bello. Agricultura de la Zona Tórrida. En OC, tomo 1, p. 67.

la cama que mullida le preparan  
el contento, el trabajo, el aire puro<sup>9</sup>.

No es arriesgado sostener que esta expresión poética libre, sin compromisos, del ideal social de Bello, muestra una concepción sobre la modernidad industrial y urbana que estructurará sus concepciones posteriores, matizada, claro está, por las duras necesidades de su trabajo al alero de los gobiernos conservadores.

Acerca de las concepciones sobre lo social y la producción en el Bello maduro, es ilustrativo un artículo editorial de *El Araucano* de 1843. Ante críticas que se hacían al gobierno (del cual él era uno de los ideólogos), «imputándole como culpa, no sólo todo el mal que existe, sino todo el bien que no existe», Bello lo defiende comparando la situación local con la de los países europeos y se pregunta «hasta qué punto se deben esas maravillas del espíritu público y de la industria [europeas]» a las medidas económicas de los gobiernos. Su respuesta revela su concepción de cuáles consideraba que eran los motores del avance de la prosperidad de un país:

Es un hecho incontestable que la actividad social, el movimiento rápido de la industria, el acelerado incremento de la prosperidad, *no ha sido en ellos [esos países] la obra del Gobierno, ni se ha debido sino en muy pequeña parte a providencias administrativas*; y que el principal agente en la producción de esos fenómenos es el espíritu público de los habitantes, favorecido por circunstancias peculiares; tales como (en sentir de algunos) la raza; una antigua educación moral y política, que ha tenido tiempo de echar raíces profundas en las costumbres; la situación geográfica; la fecundidad de producciones naturales ilimitadamente apetecidas por otros pueblos y fácilmente permutables por los productos de la industria extranjera; vías de transporte interior, preparadas en grande escala por la naturaleza misma<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>10</sup> Bello. El Gobierno y la Sociedad. *El Araucano* 647, 13 de enero 1843, en Bello, OC, tomo 18, pp. 179 y ss. (el texto en cursiva es nuestro).

Resumamos en una frase: a mediados del siglo XIX, Bello sigue asociando la prosperidad de los pueblos con la naturaleza y el espíritu moral. No aparece lo técnico, las máquinas, el trabajo, la organización industrial. Quizás esto ayude a explicar la armónica convivencia de sus ideas con el orden aristocrático hacendal de mediados del siglo XIX en Chile.

## EL LINGÜISTA BELLO, LA INDUSTRIA Y LO HUMANO

No crucifiquemos a Bello aún. El desdén de los humanistas del siglo XIX por la industria no es difícil de explicar, pues ella se asocia todavía en esa época con lo manual como negación del espíritu y con la *mecanización* de labores<sup>11</sup>. En ese sentido, el único pecado de esos humanistas es haber asociado la industria con sus orígenes (mecánicos), no con su futuro (virtual). En efecto, la conciencia de que la tecnología, cuyo semblante aparece a los ojos de los mortales humanos como industria, es un lenguaje que expresa la subjetividad humana y que –al igual que otros lenguajes menos materiales– nos interpela de vuelta, es relativamente reciente. Esa concepción, aunque aparece esbozada a mediados del siglo XIX por algunos pensadores como en la cita con que abrimos este artículo, recién hacia fines del siglo XX comienza a ser parte del sentido común, cuando la misma materialidad se transforma en virtualidad por medio de la tecnología digital<sup>12</sup>. Por eso, seamos generosos y perdonémosle a Carlos Marx

---

<sup>11</sup> El sentido de «mecánico» es muy relevante. En el *Diccionario de autoridades* (tomo IV, 1734) puede leerse: «MECHANIQUEZ. La vileza o desdoro que resulta de ocuparse en cosas mecánicas». «MECHANICO. Se aplica regularmente a los oficios baxos de la Republica: como Zapatero, Herrero, y otros: y así se diferencian los oficios en mecánicos y Artes liberales». El *Diccionario usual de la Academia* define mecánica como «lo que pertenece á los oficios ú obras de los menestrales. *Mercenarius, illiberalis*». La versión de 1992 dice: «Deciase de los oficios u obras que exigen más habilidad manual que intelectual».

<sup>12</sup> Joseph Weizenbaum escribe en *Computer Power and Human Reason: From Judgment to Calculation* (1976), reflexionando sobre el sentido de las máquinas que devela el computador y sus programas: «[Las] herramientas y máquinas no solo reflejan la imaginación humana y su alcance creativo, ellas son ciertamente

el no haber querido profundizar en esa línea, y a Andrés Bello el no haber advertido siquiera que existía.

Lo anterior no nos exime de interrogarnos, de hacernos una pregunta fundamental que pareciera haber pasado inadvertida o simplemente descuidada: ¿por qué quien hizo de la lengua –ya sea como poeta, como legislador, como lingüista, como literato– el centro de su hacer, y un paradigma de su estudio, no tuvo *ningún* interés (sí, el enfatizado es mío) por esta otra expresión de lo humano que abrumaba a sus contemporáneos, que estaba en la boca y sobre todo en la experiencia de todos, casi como la digitalización hoy día? Para entender mejor esta falta: ¿se imaginan discurrir hoy sobre el sujeto contemporáneo sin considerar –usaré un sesgo negativo para enfatizar– la brutal perturbación sobre el hacer humano que significa la comunicación y los medios digitales? Bueno, ese es Andrés Bello en medio de la Revolución Industrial.

¿Por qué Bello manifestó esa despreocupación o desprecio o falta de consideración sobre esta faceta fundamental de lo humano? He escuchado varias hipótesis que contribuyen a explicarlo (aunque no justificarlo), varios atenuantes, como diría un juez: su vejez cuando ya era influyente en Chile; la lejanía de los grandes centros industriales mundiales; el sesgo de la especialización, etc. Creo que hay una explicación más simple: los dos pilares fundamentales para entender la Revolución Industrial, el trabajo y la mecanización, no podían importarle menos a Andrés Bello; peor, no podía despreciarlos más. Pedro Lira Urquieta, cuya simpatía por el movimiento obrero es lo suficientemente escasa como para asignarle algún conflicto de interés, escribía que el hecho de que la transformación del orden industrial y económico, la proletarización, las aglomeraciones, estaban en pañales en Chile, «explica –aun cuando no justifica– la ligereza

---

importantes no solo como instrumentos para la transformación de una tierra maleable: son también ellas mismas símbolos preñados. Simbolizan las actividades que permiten, esto es, su propio uso» (traducción propia a partir de la reedición de Penguin Books, 1993, p. 18).

con que Bello aborda el problema del *trabajo* en su obra»<sup>13</sup>. Como buen conocedor del latín, a Bello le debe haber reverberado el origen de la palabra trabajo, *trepalium*, que significa lugar de tormento. Sobre su consideración de la mecanización y la industria, ya hemos hablado antes.

## LAS IMPLICANCIAS PARA LA EDUCACIÓN

Puedo ahora presentar mi tesis: la falta de comprensión de la Revolución Industrial y sus fundamentos hace que el «humanismo» de Bello no solo aparezca sesgado, sino que no sea humanismo. Como el humanismo griego, como el humanismo renacentista, es un humanismo pensado, conceptualizado *en base a* algunos humanos y a ciertas actividades, y claro, *para* ciertos humanos y ciertas actividades. Un humanismo que no es consistente, cuyo modelo no es extensible a toda la humanidad. Un humanismo hecho a la medida de unos humanos que, aunque necesitan de otros humanos (y particularmente de otras humanas) para (sobre)vivir, no les interesa saber lo que esas y esos otros hacen ni cómo viven. Esto no lo hace un humanismo parcial, sesgado, luego posiblemente mejorable. No. Lo hace inhumano, inviable.

Si Bello abordó con ligereza el tema del trabajo, difícilmente podía abordar seriamente la educación contemporánea. Pues, repitámoslo, el gran escollo (o, para ser positivos, el gran tema) de la educación a partir de la modernidad capitalista es el trabajo, un tema de escasa visibilidad para los letrados y las artes liberales<sup>14</sup>, a pesar de la vehemencia con que gente bien visible, como John Dewey o Georg Kerschensteiner, y marginados como Francisco Ferrer i Guar-

<sup>13</sup> Lira Urquieta, P. Introducción. En Bello, OC, tomo 14, pp. 67-68.

<sup>14</sup> *Diccionario de autoridades* (1734): «Arte liberal. La que se ejerce con sólo el ingenio, sin ministerio de las manos: como son la Gramática, Dialéctica, Geometría, y otras semejantes. Llámase así porque principalmente conviene su profesión a los hombres libres, respecto de que tiene algo de servil el ganar la vida con el trabajo mecánico del cuerpo».

dia, Celestine Freinet o Antón Makarenko, mostraron su relevancia. Así, aunque parezca políticamente incorrecto o estratégicamente inconveniente decirlo, la gran crisis de la educación contemporánea –particularmente la superior– no se debe fundamentalmente a la mercantilización ni al neoliberalismo. Estos últimos son a lo más intentos interesados –y sobre todo mediocres y limitados; qué más se puede esperar de especialistas en necesidades– de resolver un problema fundamental del humanismo que se arrastra desde que la materialidad, y luego el trabajo, tomaron su puesto en la mesa de la historia sobre los banquillos de las revoluciones francesa e industrial. Es el gran drama que nos heredó esa generación cuyo padre en Chile es Andrés Bello. Y repitémoslo, el nudo fundamental de ese drama es el trabajo, no el manual de la era preindustrial, sino lo que sea que involucre esa noción en la sociedad del siglo XXI.

Entonces, abordar seriamente la crisis de la educación hoy pasa por entender que la educación del género humano nunca más podrá ser solo esa formación del espíritu, esa idea de las artes liberales, sino que, como lo decía el joven filósofo que citamos al comienzo, debe incorporar aquello que hasta ese momento solo fue considerado extrínseca y utilitaristamente. Entender de una vez por todas que la humanidad no se constituye solo en interacción espiritual con otras y otros humanos, sino también en interacción con la naturaleza, con la materialidad. El genial error de Bello es haber pensado que esa interacción con la naturaleza era asunto de clases bajas y luego la «gran» educación podía evitarlo. Las consecuencias de esto son profundísimas para la educación chilena. Bello en su artículo confesional sobre educación de 1836 lo repite hasta el cansancio: la educación enseña los deberes para con la sociedad y para con nosotros mismos. La materialidad, la transformación de la naturaleza, el trabajo, no son parte de ella. A lo más, apéndices para las clases bajas, a quienes debe «habilitarse para dedicarse desde temprano al género de industria que debía proporcionarles recursos para su subsistencia»<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Bello. Sobre los fines de la educación y los medios para difundirla. *El Araucano* 308 y 309, 29 de julio y 5 de agosto de 1836. En Bello, OC, tomo 22, pp. 657-667.

Lo que era un simple sesgo de clase en 1836 se transforma en un error estructural hoy día.

Ya puedo concluir, y lo haré en el espíritu de que «toda historia es historia contemporánea». El gran problema de la educación superior chilena hoy día no es tanto su desprecio brutal por las humanidades: este es un problema muy grave. Pero el de fondo, el profundo, el que hace inviable el modelo, es su desprecio brutal por la educación «técnica». La élite neoliberal (que en Chile vive en simbiosis con la aristocracia conservadora local) pretende «resolver» hoy este dilema como lo «resolvió» Bello ayer: haciendo una división del trabajo humano en gobernantes y trabajadores. Para los primeros, artes liberales en universidades de élite; para los segundos, formación para el trabajo en universidades masivas (cuyo objetivo es el lucro), institutos profesionales y Centros de Formación Técnica<sup>16</sup>. Gracias a la claridad con que la filosofía de Bello negó la mitad de lo humano, el desafío transformador que tenemos hoy puede expresarse con similar claridad: la educación de la humanidad consiste nada más ni nada menos que en la negación de esa concepción de Bello, esto es, en una educación que abarque todas las facetas de lo humano para todo el género humano. Ese es el valor que tiene un clásico.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bello, A. (1981). *Obras Completas*, 26 tomos. Fundación La Casa de Bello.  
Cussen, A. (1998). *Bello y Bolívar*. Fondo de Cultura Económica.  
Gutiérrez, C. (2011). *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843. Revolución y contrarrevolución en las ideas y políticas*. RIL Editores.  
Marx, K. y Engels, F. (1978). *Obras de Marx y Engels* 5. Grijalbo.

---

<sup>16</sup> José Miguel Sanhueza y Víctor Orellana observan que hoy se configura un sistema segmentado en tres niveles: un sector «cota mil» para el 5% más acomodado; un sector tradicional para sectores altos y medios acomodados; y un sector mayoritariamente privado de instituciones «masivo lucrativas» para sectores medios y bajos. Sanhueza, J. M. y Orellana, V. (2018). Análisis crítico de la Reforma Educacional de Bachelet (2014-2018). En Orellana, V. (ed.), *Entre el mercado gratuito y la educación pública. Dilemas de la educación chilena actual*. Lom Ediciones, Fundación Nodo XXI, p. 241.

- Sanhueza, J. M. y Orellana, V. (2018). Análisis crítico de la Reforma Educativa de Bachelet (2014-2018). En Orellana, V. (ed.), *Entre el mercado gratuito y la educación pública. Dilemas de la educación chilena actual*. Lom Ediciones, Fundación Nodo XXI.
- Weizenbaum, J. (1993). *Computer Power and Human Reason: From Judgment to Calculation*. Penguin Books.